

# LA NIÑA PERDIDA Y EL HOMBRE TRISTE

En una carretera secundaria cerca de un pueblo perdido de Méjico, donde el sol y la tierra se habían comido la buena voluntad de los hombres, se detiene un coche gris. Una madre se baja con un cigarro moribundo entre los labios y le abre la puerta a una niña para que abandone el vehículo.

-Ahora vuelvo -una mentira que aterrizó en los oídos de la pequeña.

El coche se iba haciendo cada vez más pequeño ante las pupilas de la niña según se alejaba, y comenzó a llorar. Aun así, la esperanza le aconsejó creer y esperar el regreso de su madre.

Para la pequeña el mundo se había reducido a una desgastada carretera, una gasolinera y unas cuantas casas esparcidas a la orilla de la calzada donde los monstruos habitaban. El sol moría despacio llevándose su calor. La niña mira al cielo con los ojos vidriosos imaginándose mil y una posibilidades en las que su madre volvía a por ella, pero el tiempo no fue tolerante y la noche llegó puntual.

A esa misma hora un hombre triste se mete en la cama, después de haber enterrado esa misma tarde a su mujer, que fallecía a mediodía por un paro cardíaco. Para él, su esposa era todo su mundo y sabía que la mañana siguiente, aunque saliera el sol y cantaran los pájaros, para él la tormenta continuaría. Pensó en que haría el día siguiente, si se podría levantar o la tristeza y la nostalgia le retendrían en la cama; si podría preparar el desayuno que ella todos los días le hacía; si sería capaz de vestirse y salir a andar, cosa que hacía diariamente. Empezó a tener pensamientos más oscuros, relacionados con la muerte, y sintió que las paredes de la habitación se caían encima de él.

La muerte llegó de madrugada y vio a su víctima arropada con hojas de periódicos incompletos bajo el techo de una gasolinera abandonada, temblando y asustada, soñando con un coche que regresaba a por ella. Por primera vez en décadas la dama de negro sintió una molestia punzante a la que los mortales llaman pena. No era su costumbre perdonar, pero se daba ese lujo muy de vez en cuando.

Se arrodilló ante la niña y la arropó con su abrigo negro entre sus brazos devolviéndole el color a sus pequeñas mejillas. Entonces entonó una extraña canción de cuna que tranquilizó a la niña y asustó a los monstruos.

Casi amanecía cuando la muerte recordó sus compromisos. Los párpados de la pequeña se separaron y lo primero que vio fue a una hermosa joven que la observaba de cerca.

En una de las casas a orillas de la carretera, el hombre triste se rodea el cuello con una soga. La vida le parecía una niebla gris, una función trágica que terminaría cuando se dejase caer de la silla.

Sin embargo, no pudo, o no debía, creía que le faltaba valor. Quería destruirse con todas sus fuerzas, pero no soportaba la idea. Se tiró al suelo llorando,

renegando de su cobardía, repitiendo una vez tras otra el nombre de su fallecida esposa, pero entonces alguien abrió la puerta.

Se miraron durante unos segundos que parecieron eternos. La niña perdida y el hombre triste. Aquella que necesitaba protección y aquel que necesitaba alguien a quien proteger, una razón para continuar. Dos corazones partidos que estaban a punto de curarse. Dos personas heridas y asustadas que encontrarían refugio uno en el otro.

La muerte observó la escena un rato antes de mirar de nuevo su reloj. Ya era tarde y ya había perdonado dos vidas.

Pasaron los años y de vez en cuando la muerte observaba desde lejos a la niña que fue dejando de ser niña con el paso del tiempo y al hombre triste que dejó de estar triste al convertirse en la figura paterna de la pequeña.

Pero dos décadas después de su primer encuentro, la muerte que ya había intentado posponer el momento durante demasiado tiempo, una fría madrugada de invierno tuvo que llevarse consigo al hombre que una vez fue triste.

Una chica lo entierra junto a su mujer fallecida veintidós años atrás y entra una última vez en aquella casa a la orilla de la carretera en la que creció. Mira hacia los lados y observa cuidadosamente todas las fotografías que hay colgadas por las paredes grises.

Toma entre sus manos la que siempre fue su favorita, una en la que sale una niña pequeña subida en su primera bicicleta y un hombre con media sonrisa ayudándola a sostenerse. Da la vuelta a el cuadro y una nota cae al suelo.

La chica se agacha y la recoge, y lee las últimas palabras que le dejó su figura paterna escritas con mala letra:

*Para la niña perdida que apareció en mi vida aquel caluroso otoño:*

*Ya sé la noticia, pero he decidido no contarte que pronto me iré porque sé que solo te haría pasar unos malos meses y quiero que lo que queda de tu embarazo estés tranquila. Espero conocer al niño, y si no llega a ser posible recuérdale siempre que su abuelo lo ve desde el cielo. Seguro que comprendes porqué lo hago, siempre fuiste una niña muy inteligente. Te quiero.*

La chica dobla la nota y la guarda en el bolsillo mientras una lágrima recorre su rostro. Sale por última vez de la casa y cierra la puerta.

Horas más tarde, da a luz en un hospital cogida de la mano de su marido y decide llamar a su hijo como aquel hombre que la acogió en su vida.

La muerte ve desde la distancia el funeral del hombre al que perdonó la vida y sigue a la chica hasta el hospital, donde ve nacer al niño que tendrá la mejor madre del mundo porque ella no pudo disfrutar de la suya.

No vuelve a aparecer en la vida de la chica hasta muchos años después, cuando las arrugas le recorren todo el semblante y su hijo ya es mayor. La

muerte, apenada, se la lleva con ella mientras duerme apaciblemente rodeada de sus seres queridos una noche de abril.